

EL LIBRO DE ESTHER

El año de 538 a. C., Ciro el Grande, fundador del imperio persa y conquistador de Babilonia, dio el decreto que permitía la repatriación de los judíos. Sin embargo, no todos los hijos de Israel se resolvieron a abandonar Babilonia, ya que esto significaba la pérdida de sus bienes. Quedaron, pues, en la Mesopotamia colonias judías que se extendieron por todo el Imperio Persa. Algunos colonos explotaban las tierras, otros eran banqueros o se dedicaban al comercio. Documentos de aquel tiempo prueban también que algunos llegaron a ocupar altos puestos oficiales: inspectores de aforos del canal, recaudadores del impuesto, gobernadores del tesoro de Susa. Y hay en la Biblia un pequeño libro, conmovedor y dramático, cuya lectura sugiere la idea de que ya entonces existía un antisemitismo análogo al que ha conocido la historia europea: es el Libro de Esther.

La historia de Esther se sitúa en el siglo V, durante el reinado en Persia del nieto del gran Ciro, Jerjes, el mismo cuya enorme flota pereció en Salamina, vencida por los trirremes de Temístocles. Con Racine, lo llamamos Asuero, forma latina del hebreo Achashweroch, traducción a su vez del persa akshayarcha, nombre que los griegos fijaron en Jerjes. Para renovar a la reina Vastí, que no había acatado su orden de presentarse ante él para que sus jefes viesen su belleza, este mediocre estratega, más experto en mujeres que en soldados, hizo que le llevasen de todo su imperio a las vírgenes más jóvenes y hermosas. Estaba entre ellas una encantadora judía, Esther, hija adoptiva y prima de Mardoqueo, hombre bueno y sabio. Distinguida por el rey, se convirtió en reina. Ejerció gran influencia sobre su marido y se rodeó de jóvenes compatriotas.

Mardoqueo aconsejó a su prima no dar a conocer su origen, y poco a poco fue teniendo acceso al trono, “a la puerta del palacio”. Cierta vez, hizo al rey un señalado servicio: enterado por azar de un complot, lo previno por medio de Esther y lo salvó.

Pero, en la corte de Asuero, un visir poderoso, Amán, alimentaba contra los judíos un odio irreprimible. Descendía de un rey amalecita al que Saúl había cortado en pedazos y tenía razones personales para estar celoso de Mardoqueo. Amán persuadió al soberano para hacer una vasta exterminación de aquel pueblo que vivía aparte y sólo obedecía a sus principios, rebelde a las leyes reales. El mismo día todos los judíos del Imperio serían masacrados. Apareció el decreto anunciando la exterminación y Amán fijó por sorteo el día en que ésta se llevaría a cabo.

Lo esencial del de Esther es el relato de cómo, bajo la protección divina, Esther y Mardoqueo no sólo logran salvar a los judíos de esta masacre, sino que se ingenian para que éstos tomen una severa revancha, pasando a filo de espada a todos sus enemigos, en un acto que la propia Biblia califica de “degüello y exterminio”. Amán y todos sus hijos fueron muertos.

Pero, el Libro de Esther tiene, por otra parte, un doble interés histórico: nos muestra de cerca las reacciones de la gente en presencia de aquellas colonias hebraicas que buscaban permanecer fuera de la masa común, y prueba la persistencia de contactos entre tales colonias y los judíos que habían regresado a su país, puesto que este mensaje de confianza, llegado de la lejana Persia, fue acogido por la tradición de Israel, atribuyéndose a la conmemoración de esta victoria la fiesta de los “Purim”, por aquellas “suertes” que Amán había sacado y que determinaron finalmente su propia desgracia.